

1

CHLOE

Escucho un ruido detrás de mí, y el cuenco se me resbala de las manos y se hunde en el agua jabonosa. Me doy la vuelta y veo a mi padre en medio de la cocina, mirando fijamente un charco de zumo de naranja que se extiende rápidamente por el suelo de baldosas. Los fragmentos de cristal reflejan la luz de la mañana y brillan dentro del líquido.

—Lo siento, cariño —dice, con la mirada baja y los hombros caídos—. Solo intentaba ayudar.

—No pasa nada. —Mantengo un tono tranquilo y una expresión relajada, para que no se sienta peor de lo que ya está—. Ya lo limpio yo.

Después de secarme rápidamente las manos, cojo un rollo de papel de cocina de la encimera y arranco unas cuantas hojas. Las coloco sobre el charco para que absorban el líquido, me levanto y cojo a mi padre del brazo con una sonrisa—. Vamos, siéntate un momento mientras yo me encargo de esto.

Mientras lo guío hacia la pequeña sala de estar, me concentro en respirar con calma y me aseguro de no apresurarlo, aunque casi puedo sentir cómo corre el reloj.

Una vez que lo he acomodado en su sillón y le he colocado un cojín detrás de la espalda, lo ayudo a apoyarse en el reposapiés.

—¿Estás cómodo?

Se recuesta con un suspiro.

—Estoy bien. Vete, cariño. Sé que tienes que coger el autobús.

—Solo voy a terminar de limpiar; luego me voy.

En la cocina, saco una bolsa de plástico de debajo del fregadero y recojo con cuidado los fragmentos de cristal. Luego limpio el resto del zumo, me lavo las manos y compruebo que no me he ensuciado la blusa color crema. Se me escapa un suspiro de alivio al ver que no hay manchas. Gracias a Dios. De verdad que no tengo

tiempo para cambiarme.

Cojo el móvil y las llaves, y los meto en el bolso; luego lleno un vaso de agua y se lo llevo a mi padre.

—Gracias. —Lo coge con dedos rígidos y me dedica una sonrisa que parece más bien una mueca.

Se me encoge el corazón al ver cómo se lo lleva con cuidado a la boca para dar un sorbo antes de dejarlo temblorosamente sobre la mesa a su lado.

Me aseguro de que tiene a mano el libro que hemos sacado de la biblioteca y le acerco el mando de la tele.

—Me tengo que ir ya. Susan vendrá dentro de un rato a ver cómo estás. —Murmura algo probablemente poco halagador entre dientes, y yo oculto una sonrisa. Nuestra vecina, Susan, no es precisamente la mujer más simpática del mundo. Pero le pago para que se pase un par de veces al día a asegurarse de que mi padre está bien mientras estoy en el trabajo. No es la situación ideal, ya que los dos no son precisamente los mejores amigos del mundo, pero es todo lo que podemos permitirnos ahora mismo. Le aparto el pelo ralo de la frente, fijándome en cuántas canas han invadido los mechones que antes eran rubios, y luego me agacho y le doy un beso en la coronilla—. Te quiero.

Los aromas de jabón y champú, en lugar de los familiares de pintura y trementina, me provocan una repentina oleada de nostalgia. ¿Es posible sentir nostalgia por un olor?

La expresión ligeramente molesta que ha puesto tras mi mención a Susan se suaviza, dejando entrever afecto.

—Yo también te quiero, cariño. —Me aprieta la mano débilmente; sus dedos apenas tienen fuerza—. Vete ya. No quiero que llegues tarde.

Miro mi reloj y reprimo una mueca.

—Vale. Que tengas un buen día. —Después de coger mi bolso, le echo una última ojeada por encima del hombro y luego me apresuro hacia la puerta.

Como siempre, al salir, rozo con los dedos el marco del gran cuadro que cuelga en nuestro pasillo. Es una hermosa representación de Manhattan al amanecer, cuando la niebla da paso a la suave luz de un nuevo día. De todas las obras de mi padre es

mi favorita, por eso nunca la ha vendido.

Echo otro vistazo al reloj y salgo corriendo del apartamento. Tras bajar las escaleras lo más rápido que puedo, voy a toda prisa hacia la parada del autobús, rezando por llegar a tiempo. Creo que Geoff está buscando una excusa para despedirme, pero necesito ese trabajo. Y se me da bien, aunque no me encante.

Al doblar la esquina, veo que el autobús se está alejando de la acera. Corro hacia la parada, sacudiendo los brazos frenéticamente, pero el conductor ni siquiera me mira. Maldiciendo entre dientes, estrecho el bolso contra el vientre y me preparo para esperar.

Lo único que me falta ahora es que se abra el cielo. Con la cabeza echada hacia atrás, observo el amenazante gris de las nubes que hay sobre mi cabeza y cruzo mentalmente los dedos para que aguante, aunque solo sea un ratito.

Milagrosamente, estoy seca, aunque un poco agotada, cuando salgo disparada del ascensor de la oficina treinta minutos más tarde. Me dejo caer en mi silla, con la esperanza de que Geoff aún no haya llegado. Son las nueve y cuarto, todavía hay una posibilidad, ya que es más o menos la hora a la que suele aparecer. Le gusta que yo esté aquí antes que él. Probablemente porque le da una especie de euforia ejecutiva pasar pavoneándose por mi escritorio y soltar su pedido diario de café como si yo existiera únicamente para satisfacer sus necesidades de cafeína.

Por desgracia, acabo de iniciar sesión en mi ordenador y he empezado a revisar mi bandeja de entrada cuando se abre su puerta y él sale pavoneándose, con una sonrisa de satisfacción pegada a la cara.

—Me alegro de que por fin estés aquí.

Teniendo en cuenta que he llegado menos de veinte minutos tarde, y que casi siempre soy puntual, su comentario no viene a cuento. Pero aprieto los dientes y esbozo una sonrisa forzada.

—Lo siento, señor Clarkson. He tenido que...

Hace un gesto con la mano, como si no le importara.

—No quiero tus excusas. Quiero que hagas el trabajo por el que te pago.

Me muerdo la lengua para no recordarle que el trabajo por el que me paga no incluye que me acorrale en la sala de fotocopias

para hacerme proposiciones indecentes, porque eso no iba a detenerlo.

Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina. Todavía puedo sentir la presión de su mano sudorosa en la parte baja de mi espalda y el calor húmedo de su aliento en mi cuello cuando me invitó a terminar mi trabajo en su apartamento tomando una botella de vino. Cuando me negué, no insistió, solo esbozó una sonrisa burlona y se marchó. Pero desde entonces ha dejado claro su descontento por mi rechazo de diversas formas sutiles. Y aunque me encantaría decirle que se metiera sus tonterías pasivo-agresivas —y su trabajo— por donde no brilla el sol, no puedo.

Necesito demasiado ese puesto, y con los problemas de salud de mi padre, también la estabilidad que me ofrece. Así que puedo aguantar a un jefe gilipollas para conseguirla.

El caso es que ya nada parece demasiado estable desde la adquisición.

Geoff se ajusta uno de los puños de la camisa y luego el otro, con movimientos deliberadamente exagerados.

—El equipo de Excelsior llegará a las diez. Hazlos pasar a mi despacho en cuanto lleguen.

—Sí, señor.

Con un gesto de asentimiento, da media vuelta. En la puerta de su oficina, se detiene y vuelve a mirarme.

—Y tráeme el café. Debería haber estado en mi escritorio hace quince minutos.

Cuando la puerta por fin se cierra con un clic tras él, suelto un suspiro y me dirijo a la cocina. Tiene una cafetera en su oficina, pero aun así insiste en que se lo prepare yo. No me importaría tanto si no me obligara a dejar la taza frente a él solo para poder mirarme los pechos.

Hoy, sin embargo, el nudo de nervios que tengo en el estómago me distrae de mi repugnante jefe. Excelsior Real Estate Holdings acaba de adquirir Talon Developments, lo que significa que el puesto de todos los que trabajamos aquí está en juego. Excepto el de Geoff, claro. Como director ejecutivo, tiene garantizado un puesto de alto nivel tras la adquisición. Solo puedo esperar que sean igual de generosos con el resto de nosotros. Y que, a pesar de mi

rechazo a su propuesta, Geoff me mantenga en mi puesto de asistente.

A las diez en punto, llegan cuatro hombres de Excelsior con cara adusta. Una vez que los he acompañado a la oficina de Geo, tal y como me han indicado, vuelvo a mi escritorio y respondo distraídamente a los correos mientras miro nerviosamente hacia su puerta.

Permanece cerrada, burlándose de mí.

Estar a merced de otra persona me pone nerviosa. Llevo trabajando en Talon desde que obtuve mi título de técnico superior en gestión de oficinas hace tres años. Primero para el padre de Geoff, un hombre perspicaz pero justo, con quien era fácil trabajar, y durante los seis últimos meses, para su hijo, mucho menos agradable. Solo me queda confiar en que la lealtad sea importante para él, tal y como estoy segura de que lo habría sido para su padre.

Resistiendo el impulso de mordirme las uñas, dirijo mi atención a la pantalla del ordenador e intento concentrarme en el trabajo.

Media hora más tarde, la puerta se abre por fin y Geoff acompaña a sus visitantes a la salida. Les da la mano, con esa sonrisa zalamera que pone siempre, y luego los cuatro hombres de Excelsior se marchan sin siquiera mirarme.

Geoff, por su parte, se centra inmediatamente en mí.

—Tengo que hablar contigo en mi despacho, Chloe.

Con un nudo en el estómago, asiento y me levanto; cojo el bloc de notas y el bolígrafo con la esperanza de que tenga una tarea para mí y nada más. Luego lo sigo mientras regresa a su escritorio.

Después de sentarme frente a él, se estira la corbata con la mano.

—Voy a ir directo al grano. Excelsior está reestructurando la empresa. —Se me seca la garganta, pero me niego a perder la esperanza de conservar mi trabajo, pero las siguientes palabras de Geoff hacen que se abra el suelo bajo mis pies—. Tienen su propio equipo administrativo, así que, lamentablemente, tu puesto ha quedado suprimido, con efecto inmediato. Esto no tiene nada que ver con tu rendimiento, por supuesto. Es una decisión puramente empresarial.

Mi mente se queda clavada en una sola frase.

—¿Con efecto inmediato? Yo... yo pensaba que me darían algo

de tiempo para... para...

La sonrisa de Geoff está llena de falsa compasión.

—Habrá una indemnización, por supuesto, debido a la naturaleza abrupta de tu despido. Recibirás el salario de una semana por cada año que hayas estado con nosotros, más una compensación por los días de vacaciones no disfrutados.

Se me revuelve el estómago. ¿Solo tres semanas de indemnización? Encontrar otro trabajo, sobre todo uno que iguale mi sueldo actual, en menos de un mes, sería un milagro. Aunque me pican los ojos, contengo las lágrimas. Me niego a dejar que vea cómo pierdo la compostura.

Me duele en el orgullo preguntarlo, pero lo hago de todos modos.

—¿Hay alguna posibilidad de otro puesto dentro de la empresa? ¿Quizás en el equipo administrativo? Mi padre depende de mis ingresos, sobre todo para sus gastos médicos.

Se recuesta en la silla, cruzando las manos sobre su barriga.

—El equipo está completo. Sin embargo, si se lo pides, estoy seguro de que Recursos Humanos mantendrá tu currículum en la lista. Y, por supuesto, te darán buenas referencias. Asegúrate de pasar por aquí para rellenar los papeles de tu indemnización antes de irte.

Me levanto de un salto, aferrada al bloc de notas y el bolígrafo con manos sudorosas. La ira, mezclada con una repugnante sensación de vulnerabilidad, me recorre el cuerpo. Quiero gritarle, exigirle que sea mejor persona. Un hombre mejor. Pero sigo necesitando esas referencias.

Aun así, no soy capaz de mostrarme tan profesional y amable como lo he sido durante los seis últimos meses, así que, sin decir palabra, me doy media vuelta, me voy y cierro la puerta tras de mí.

Mis movimientos son rígidos mientras regreso a mi escritorio y recojo mis escasas pertenencias. Solo me lleva unos minutos borrar cualquier rastro de que alguna vez he estado aquí. Nunca me había dado cuenta de lo pocos objetos propios que tengo aquí o de lo impersonal que parece mi escritorio.

Cuando he llenado una bolsa, echo un último vistazo a la zona y luego cojo el ascensor hasta el departamento de Recursos

Humanos, donde Gwen, una encantadora mujer mayor con la que he compartido alguna taza de café de vez en cuando, me dedica una sonrisa triste.

—Lo siento mucho, Chloe —dice; está claro que sabe muy bien qué puestos han sido eliminados—. Es un gran error dejarte ir. Eres una de las personas más trabajadoras de este lugar.

Mi sonrisa vacila un poco.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

Me pasa el acuerdo de indemnización por el mostrador, seguido de un recibo de mi último sueldo.

Mientras yo me quedo mirando fijamente los formularios, ella me aprieta la mano.

—Estoy segura de que no tardarás en encontrar otro trabajo. Yo misma te escribiré la carta de referencias.

Le devuelvo el apretón y esbozo lo que espero que sea una sonrisa más convincente. Luego cojo el bolígrafo del mostrador y firmo los formularios que significan el fin de mi empleo. Ella los fotocopia y me entrega las copias, aún calientes. Después de guardarlas en mi bolso, me despido de ella por última vez y me voy.

En el trayecto en autobús a casa, mi mente va a mil por hora, calculando cuánto durará mi indemnización una vez que la sume a los modestos ahorros que tenemos mi padre y yo. Para mantener las manos ocupadas, saco el móvil y hago una lista de los pasos que tengo que dar, incluyendo actualizar mi currículum e informarme sobre cómo solicitar el subsidio de desempleo.

Para cuando el autobús llega a mi parada, necesito distraerme de darle vueltas a todo. Mientras empiezo el corto paseo hasta casa, llamo a mi amiga Lola.

Cuando contesta, me recibe el llanto desgarrador de su hijo.

—¿Es un mal momento? —Maldita sea, espero no haberlos despertado a ninguno de los dos de la siesta.

Ella suelta una risa cansada

—Nunca es mal momento para saber de ti. Espera un segundo. —Le habla con dulzura y el llanto se detiene—. Vale. Está mamando, así que ya puedo hablar.

—¿Cómo te va siendo mamá, por cierto?

Christopher tiene dos meses y solo lo he visto un par de veces,

ya que ya no viven lo bastante cerca como para hacer visitas rápidas. Lola parece haberse adaptado a su nuevo papel con naturalidad. Puede que solo tenga veinticuatro años, la misma edad que yo, pero ella y su novio del instituto, Jamie, se casaron jóvenes, y formar una familia era una de sus prioridades.

—Es agotador, pero me encanta. El bebé es una dulzura, y está empezando a dormir más por la noche. Así que eso es una ventaja.

—Deja escapar un suspiro de satisfacción—. ¿Qué tal te va a ti? ¿Ya sabes algo de tu trabajo?

Mis hombros se tensan de nuevo por la preocupación.

—Desde hoy mismo estoy en paro.

Ella da un grito ahogado.

—Me estás tomando el pelo. ¡Geoff! ¿Ese asqueroso no ha peleado por conservar tu trabajo?

Me trago el asco y la rabia que me provoca oír su nombre.

—Soy una idiota por pensar que lo haría. Lo único que hice mal fue dejarle claro que no iba a acostarme con él.

—Para algunos hombres, eso es todo lo que hace falta.

—Tengo que encontrar otro trabajo rápidamente. —Me muerdo el labio inferior—. Mi indemnización por despido es un mal chiste.

Lola se queda callada tanto tiempo que me preocupa que se haya cortado la llamada. Estoy a punto de apartarme el teléfono de la oreja para comprobarlo cuando vuelve a hablar.

—¿Por qué no te tomas esto como una señal para volver a pintar? Ganaste ese concurso, y apuesto a que podrías cobrar bastante si lo intentaras. Hoy en día ni siquiera necesitas una galería: ¡solo tienes que vender tus cosas por internet!

Mi risa suena un poco histérica.

—Lola, ese concurso fue en el instituto. Y ya no tengo tiempo para pintar. Por no hablar de que no hay garantía de que pudiera vender lo suficiente para cubrir nuestras facturas. A mi padre solo le queda un mes de medicación. Luego tendré que volver a comprarla.

Lola suspira.

—Lo sé, lo sé. No es realista. Pero es una pena desperdiciar tu talento y tu pasión. Quizá si volvieras a pintar como *hobby*... Así podrías montar una tienda *online* mientras tienes un trabajo fuera.

Una vez que empieces a ganar dinero, podrás dejar el trabajo y dedicarte a pintar a tiempo completo.

—Quizá algún día.

Agradezco su fe en mí, por muy equivocada que sea. Me encantaba pintar de niña. Puede que incluso se me diera bien —al fin y al cabo, soy hija de mi padre—, pero sé lo difícil que es ganarse la vida de forma estable como artista.

Incluso mi padre tuvo dificultades. Y ahora, con él dependiendo de mí, no puedo arriesgarme. Porque no sé qué pasaría si todo lo que he construido se derrumbara a mi alrededor. Eso es mucho menos probable con un buen trabajo y un sueldo fijo. Salvo que se produzca otro incidente como el de hoy, claro está.

Lola tararea, un sonido que denota demasiado escepticismo.

—Entonces, quizá tenga otra solución. La cuñada de Jamie trabaja para una agencia de selección de personal. Tienen puestos administrativos en empresas de alto perfil. Si envías tu currículum, les hablaré bien de ti.

—¿En serio? —La esperanza se enciende en mi pecho. Una empresa de alto perfil podría significar un sueldo más alto, lo que haría que el tratamiento y la medicación fueran más asequibles.

—Por supuesto. En cuanto termine de darle de comer a Christopher te enviaré los detalles.

Hablamos un rato más y no nos despedimos hasta que llego a la puerta principal del edificio de apartamentos. Después de dos años, debería ser más fácil recordarlo. Hago una pausa antes de entrar, cierro los ojos y me recompongo. Las cosas ya son bastante difíciles para mi padre sin el estrés añadido de mis preocupaciones laborales. Inspiro hondo, esbozo una sonrisa radiante y giro el pomo.

2

ROMAN

El ritmo trepidante y las luces intermitentes me están dando un maldito dolor de cabeza. Tengo casi treinta y nueve años y soy demasiado mayor para esta mierda.

La preciosa morena sentada a mi lado recorre mi antebrazo con una brillante uña de color rojo motor.

—No me puedo creer que seas el dueño de este club. Es tan sexy...

—Soy copropietario —respondo distraídamente. Debería estar más concentrado en ella. En el contorno de sus pechos bajo su ceñido vestido negro y en las largas y suaves piernas que no deja de cruzar para llamar mi atención.

En cambio, mi mente está centrada en mi trabajo. Debería estar en mi despacho. Preferiría estar ahí, pero en lugar de eso, me encuentro aquí, saboreando un whisky en la inauguración de un nuevo club nocturno exclusivo que mis hermanos y yo poseemos.

Hablando de eso... Recorro el local con la mirada hasta que encuentro a Tate, quien, como era de esperar, está acurrucado en un rincón con su prometida, Violet, sentada en su regazo. Le está susurrando al oído y ella tiene la cara levantada y se está riendo.

Niego con la cabeza. Nunca pensé que vería el día en que mi hermano menor sentaría cabeza, y mucho menos que se comprometiera.

Pero nunca lo he visto más feliz. Lo cual, por extraño que parezca, me hace feliz a mí.

Mi otro hermano, Cole, no ha venido esta noche. Con su mujer a punto de dar a luz, pasar el rato en una discoteca es, comprensiblemente, una de sus últimas prioridades.

A mí tampoco me suele apetecer mucho. Pero es bueno para el negocio hacer acto de presencia cuando inauguramos un nuevo club o restaurante. A los inversores del King Group les gusta vernos

salir a celebrar nuestro éxito, aunque estas iniciativas no sean más que proyectos secundarios para nosotros. Aunque pueda reforzar la confianza en la dirección de la empresa —algo imprescindible cuando asumimos el control hace poco menos de tres años—, es lo último que me apetece hacer.

Y sobre todo esta noche.

La mujer que tengo al lado desvía su atención hacia la parte superior de mi muslo, rozando con los dedos los pantalones de mi traje, peligrosamente cerca de mi entrepierna.

Mi pene se despereza a modo de respuesta, pero yo lo ignoro. Tengo cosas más importantes en la cabeza que un polvo probablemente mediocre con una mujer cuyo nombre olvidaré en cuanto mi chófer la lleve a casa.

Como adquirir EcoTech Building Solutions —una empresa especializada en tecnología de construcción de vanguardia y respetuosa con el medio ambiente—, que consolidaría la posición del King Group como líder en el sector inmobiliario de lujo sostenible durante los próximos años. Algo por lo que he estado trabajando desde que tomé las riendas del negocio.

Pero varias empresas están cortejando a EcoTech, y su propietario, Ellis Anderson, está decidido a asociarse con una cuyos estándares éticos coincidan con los de él. Teniendo en cuenta que el antiguo director ejecutivo del King Group es un conocido mujeriego que está cumpliendo condena por uso de información privilegiada, demostrar que la nueva dirección de la empresa no es en absoluto igual a la anterior ha sido una ardua batalla. No ayuda que los nuevos líderes, mis dos hermanos y yo, seamos los hijos del anterior director ejecutivo.

Los tres hemos hecho todo lo posible durante los últimos años para demostrar que en la familia King no se cumple lo de «de tal palo tal astilla». Mientras no nos veamos envueltos en ningún escándalo, tenemos muchas posibilidades de conseguir esa adquisición. Ahora que Cole está casado y esperando su primer hijo, y que Tate —antes el blanco favorito de los *paparazzi*— lleva una vida feliz y estable, la empresa debería salir por fin de la sombra de mi padre.

Aunque no puedo decir lo mismo de mí.

Un apretón en mi muslo devuelve mi atención a la morena — ¿Brianna, tal vez?—. Está haciendo un puchero muy bonito. Probablemente porque la he ignorado casi por completo desde que se ha plantado a mi lado.

—¿Por qué estás tan serio, guapo? Deberías estar divirtiéndote. —Se echa hacia mí, rozándome el brazo con un pecho apenas contenido por su vestido—. Puedo ayudarte con eso. —Me roza la oreja con los labios—. No tengo reflejo nauseoso.

Mi pene se alza con un poco más de entusiasmo esta vez. Hace meses que no estoy con una mujer y, por un instante, considero aceptar su oferta. Como en todos nuestros clubes, los baños vip son lujosos. Podría llevarla a uno y ver lo rápido que se puede arrodillarse y hacer que me corra antes de que yo le devuelva el favor.

Inmediatamente descarto la idea. Por muy tentador que sea, tengo más autocontrol que todo eso. Más autocontrol que mi padre. Él se habría llevado a Brianna a uno de esos baños más rápido de lo que habría tardado en cerrar otro acuerdo inmobiliario.

Pero él está en la cárcel, donde debe estar, y ahora yo dirijo la empresa. Seguir sus pasos en cualquier sentido es lo último que quiero hacer.

Aparto la mano de Brianna de donde está: masajeándome sugerentemente el muslo.

—Esta noche no.

Ella se retira y enarca las cejas, sorprendida. Probablemente no esté acostumbrada a que la rechacen después de su revelación sobre el reflejo nauseoso.

La música cambia y el ritmo se vuelve aún más frenético. Miro el reloj. Son casi las once. Ya he estado aquí bastante tiempo. Cuando miro al camarero más cercano, se apresura a acudir a mi lado.

—¿Sí, señor King?

—Otra copa para la señorita. —Señalo con la cabeza hacia Brianna, cuya expresión se vuelve enfadada al darse cuenta de mi intención. Ni pestañeo cuando pide una botella de Cristal. Tampoco es que no me lo pueda permitir, y si es lo que necesita para lidiar con el rechazo, por mí está bien. Con su aspecto, dudo

que vaya a estar sola por mucho tiempo.

Me despido del camarero y de Brianna con un gesto, luego me levanto y me dirijo hacia Tate y Violet.

—Me voy —digo al acercarme.

Tate echa un vistazo a Brianna, que ahora está sentada sola.

—Espero que al menos te vayas a casa, y no a la oficina.

Cuando arqueo una ceja, él niega con la cabeza, fingiendo consternación.

—Es viernes por la noche, tío. Tienes que tomarte un descanso de vez en cuando.

—¿Qué crees que he hecho las dos últimas horas?

—¿Tratándose de ti? Trabajo.

Me conoce demasiado bien. Pero teniendo en cuenta lo poco que duermo, prefiero ser productivo en la oficina antes que perder el tiempo en casa.

—Nos vemos el lunes.

Pone los ojos en blanco y me despide con un gesto de la mano. De todos modos, solo son palabras. Es imposible que él y Violet aguanten más de otros diez minutos. Los dos no pueden mantener las manos apartadas el uno del otro más rato.

Hubo un tiempo en que a Tate le gustaban este tipo de eventos y las oportunidades que ofrecían, pero últimamente es tan reacio como yo a quedarse, y más cuando podría estar pasando el rato a solas con su prometida.

Hablando de su prometida: Violet me está observando, con el ceño fruncido y la preocupación brillando en sus ojos azules. Sin embargo, no dice nada, solo me dedica una suave sonrisa.

Les doy las buenas noches y luego le envío un mensaje a mi chófer mientras me abro paso entre la multitud que se agolpa en el club. Para cuando bajo las escaleras, la elegante limusina negra me está esperando y Phillip tiene la puerta abierta.

—¿Ha pasado una buena noche, señor King?

Me recoloco las gafas.

—Depende de lo que entiendas por buena.

Él se ríe entre dientes.

—Si no le gustan los clubes, ¿por qué sigue invirtiendo en ellos?

Le dedico una mirada significativa.

—Porque dan dinero.

—¿Y necesita más?

Resoplo. Phillip lleva cinco años conmigo, así que, a diferencia de la mayoría de la gente que trabaja para mí, se puede permitir un comentario así.

Una vez que me siento, cierra la puerta y se acomoda en el asiento del conductor.

Miro por la ventanilla el borrón de luces de los coches y edificios, y mis pensamientos vuelven a las malas noticias que he recibido esta mañana. Mi asistente ejecutiva de toda la vida, Lena, ha presentado su renuncia. Ella y su marido se mudan a California. Al parecer, a su hija le faltan solo unas semanas para tener su primer hijo, y su novio la ha abandonado.

Por más que lo intente, nadie diría que soy una persona blanda, pero incluso yo puedo entender el deseo de Lena de estar ahí para su hija. Aun así, perderla dista mucho de ser lo ideal. Durante siete años, ha mantenido mi oficina funcionando a la perfección, y no me imagino a nadie ocupando su puesto y haciendo ni la mitad de bien que ella el trabajo.

Me ha prometido encontrar un sustituto adecuado, y solo puedo esperar que la persona que ella considere digna esté disponible para empezar de inmediato. Lo ideal sería que asistiera a las entrevistas, pero ahora mismo no tengo ni un momento libre en mi agenda. Tendré que confiar en ella para asegurarme de que quienquiera que elija cumpla con mis estándares.

Con la marcha de Lena a la vuelta de la esquina y mil cosas más en la cabeza, no me molesto en esperar a llegar a la oficina para ponerme a trabajar. Me sirvo un vaso de whisky del decantador que hay en la consola central, le doy un sorbo, abro mi aplicación de correo y me pongo a redactar respuestas.

3

CHLOE

Protegiéndome los ojos con una mano, echo la cabeza hacia atrás para contemplar el coloso de acero y cristal que se eleva sobre mí. King Plaza. Sede del Grupo King y el sitio donde tendrá lugar mi entrevista de esta mañana. Es intimidante, por decirlo suavemente.

Cuando la agencia de selección de personal me llamó para hablarme de una vacante que había que cubrir rápidamente, no lo dudé ni un segundo. Lo necesitaba. Han pasado dos semanas desde que Geoff «me dejó marchar» y he estado revisando páginas de empleo y sitios web sin descanso.

Durante catorce mañanas seguidas, me he despertado con el pánico oprimiéndome el pecho. Es un recuerdo desagradable de los meses que siguieron a la repentina marcha de mi madre de nuestras vidas, cuando yo tenía catorce años. Mi padre seguía pintando por aquel entonces, pero cuando ella nos abandonó, tanto él como su musa artística se vieron muy afectados. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo rápido que puede cambiar la vida. De lo fácil que es que te quiten la alfombra de debajo de los pies.

Pero darle vueltas al pasado no me va a ayudar a cruzar esas puertas. Inspiro hondo una vez más, enderezo los hombros y ando con toda la confianza que puedo hacia la entrada.

Una vez dentro, me dirijo al mostrador de seguridad en el centro del vestíbulo, con mis tacones repiqueteando con fuerza sobre el suelo de mármol negro.

—Hola —le digo al hombre de aspecto severo que está detrás del mostrador—. Me llamo Chloe Callahan y vengo a una entrevista con Lena Harris.

—¿Chloe? —Al oír la voz femenina me giro y veo a una mujer mayor, con el pelo negro y rizado y unos ojos marrones inteligentes, que me tiende la mano—. Soy Lena.

Se la estrecho con una sonrisa.

—Encantada de conocerte.

—Ven por aquí. —Señala hacia una fila de ascensores relucientes.

La sigo y, una vez dentro de la cabina de acero inoxidable, Lena pulsa el botón del cuarto piso. Antes de que se cierren las puertas, tres hombres altos entran a zancadas detrás de nosotras. Tres hombres a los que reconozco de inmediato gracias a la investigación que he hecho sobre la empresa. El de pelo oscuro y ojos azules penetrantes es Cole King, el jefe de Operaciones del Grupo King. El rubio con ojos marrón dorado es Tate King, el jefe de Marketing, y el tercero es... Se me seca la garganta al fijarme bien en él. El tercero es Roman King, el director ejecutivo.

Mi posible nuevo jefe.

Las fotos no le hacen justicia a ninguno de ellos, pero sobre todo a Roman. Desde su altura —más o menos de uno noventa o uno noventa y tres— hasta la anchura de sus hombros ceñidos por ese traje gris carbón impecablemente entallado, y desde su cabello perfectamente arreglado, casi negro, hasta la línea imponente de su mandíbula, es, con diferencia, el hombre más atractivo que he visto en la vida real.

Cuando las puertas por fin se cierran, su mirada se posa en mí, aguda e indescifrable. Con un lento paseo, unos ojos gris lobo bordeados por densas pestañas oscuras recorren mi cuerpo, enviando una oleada de calor que cabalga por mis venas. Cuando esa mirada hipnótica vuelve a encontrarse con la mía, una sutil descarga crepita en el aire entre nosotros. Aunque debe de ser solo mi imaginación; aparte de un ligero entrecerrar de esos increíbles ojos, su expresión impasible no cambia en absoluto.

—Buenos días, Roman —dice Lena con alegría, y su atención se dirige hacia ella como si solo ahora se diera cuenta de su presencia—. Parece que, después de todo, vas a conocer a una de tus posibles asistentes.

Vuelve a fijarse en mí con una intensidad similar a la de un láser.

—Ah, ¿sí?

Su voz es grave y suave, y casi tan indescifrable como su expresión. Y la tensión que había en el ambiente cuando me ha mirado por primera vez ha desaparecido por completo. Si es que

alguna vez estuvo ahí...

A pesar de lo seca que tengo la garganta, me obligo a tragar saliva y le tiendo la mano, sonriendo con toda la calidez que puedo.

—Encantada de conocerle, señor King.

Duda un momento antes de que su gran mano envuelva la mía.

—Lo mismo digo. —A juzgar por su expresión gélida, había esperado que su piel estuviera fría al tacto, como si en realidad fuera algún tipo de vampiro pecaminosamente guapo, pero la palma de su mano es cálida y está seca. Aunque el contacto me provoca un pequeño escalofrío.

Antes de que tenga oportunidad de analizar esa reacción, me suelta.

Un momento después, el ascensor se detiene, las puertas se abren.

—Ya hemos llegado —anuncia Lena.

Le dedico otra sonrisa a Roman, pero él ya se ha vuelto hacia sus hermanos.

Un calor punzante me recorre el cuerpo ante su indiferencia. Puede que sea guapísimo, pero no es precisamente encantador. Aunque quizá eso sea bueno. Puedo lidiar con la falta de encanto. Trabajar para un hombre tan atractivo, que además es cálido y amable, podría ser peligroso; el riesgo de quedarme pillada de él es demasiado alto para mi tranquilidad.

Y todo el mundo sabe que pillarse del jefe es buscarse un lío.

Las puertas se cierran detrás de nosotras y carraspeo al llegar junto a Lena, carraspeo.

—¿El señor King siempre es tan...? —Me cuesta encontrar una palabra que transmita el impacto de su presencia.

Lena se ríe.

—¿Intenso? La respuesta corta es sí. Pero yo diría que un término más adecuado es «motivado». Es uno de los mejores empresarios que conozco, y está muy centrado. Lo que significa que espera que todos los que trabajan para él también lo estén.

—Eso no supone un problema —me apresuro a decir, aunque la preocupación constante por el cuidado de mi padre me sigue rondando la cabeza.

Me conduce a una sala pequeña pero lujosamente amueblada y

señala un par de sofás situados uno frente al otro, separados por una mesa de centro de cristal.

Una vez que nos sentamos las dos, echo un vistazo a la puerta.

—¿El señor King no se unirá a nosotras?

—No. Por desgracia, tiene la agenda completamente llena. Pero confía en mí para elegir a alguien adecuado.

Asiento, sin saber muy bien si el hecho de sentirme aliviada porque mi posible jefe no vaya a entrevistarme es una buena señal. Pero si estuviera aquí, mirándome como lo ha hecho en el ascensor, no sé si sería capaz de pensar con claridad, y mucho menos de hablar sin tartamudear.

—Bueno —dice Lena con una sonrisa—. Cuéntame un poco sobre ti.

Pasamos los veinte minutos siguientes hablando de mi formación académica y de mis trabajos anteriores. Respondo con todo el tacto posible cuando me pregunta por Geoff. No quiero que me vean como alguien que habla mal de su antiguo jefe.

—Así que estuviste en Talon durante tres años. ¿Cuál fue el motivo por el que te fuiste? —pregunta.

Vuelve la opresión en el pecho, la que me ha estado atormentando durante las dos últimas semanas.

—Hubo una adquisición y se eliminaron varios puestos durante la reestructuración, incluido el mío.

Ella murmura algo ininteligible, y el sonido parece más bien la confirmación de algo que ya sabía. Me imagino que probablemente sea un detalle que le pasó la agencia de selección de personal.

—Ahora bien, ¿has...?

El tono de llamada de mi móvil se oye desde el bolso que tengo a los pies, rompiendo el silencio de la sala. Mierda. Se me olvidó ponerlo en silencio al llegar porque no suelo hacerlo: normalmente lo mantengo encendido por si mi padre me necesita.

—Lo siento. —Rebusco en mi bolso, desesperada por que sea solo una llamada aleatoria que pueda rechazar. Pero cuando por fin lo encuentro y el nombre de mi padre aparece en la pantalla, se me encoge el corazón—. Lo siento mucho —repito—. Tengo que contestar esto rápido. —Lena arquea una ceja, pero se limita a asentir.

Deslizo el pulgar por la pantalla para coger la llamada y me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Va todo bien?

La voz ligeramente nasal de Susan suena a través del auricular.

—Tu padre ha tropezado. Le he dado unos analgésicos y parece que está bien, pero he pensado que debía avisarte, por si acaso tenías pensado tomarte tu tiempo para regresar a casa.

Aprieto el teléfono con fuerza. Ella sabe que no voy por ahí, de juerga por la ciudad, sin motivo. Mi vida social ha estado prácticamente en suspenso desde que el estado de mi padre empeoró hace un par de años. Pero necesito su ayuda, así que, en lugar de responderle bruscamente, mantengo un tono tranquilo.

—Vale, gracias por avisarme. ¿Te importaría quedarte con él hasta que llegue a casa? No tardaré mucho.

Ella accede a regañadientes y, con un nudo en el estómago, cuelgo. No es culpa de mi padre, pero el momento en que se ha caído no podría haber sido peor. Ahora ya no hay forma de que consiga este trabajo, y menos teniendo en cuenta el comentario de Lena de hace un rato sobre la concentración.

Me guardo el móvil en el bolso y le dedico una sonrisa de disculpa.

—¿Los niños? —pregunta, con un tono teñido de una pizca de compasión que no esperaba.

—Mi padre, en realidad. —Suspiro—. Tiene artritis reumatoide y se ha caído.

—¿Vives con él?

—Sí, me mudé hace un par de años para echarle una mano. —Niego con la cabeza—. Perdón de nuevo por la interrupción, y entiendo si te he hecho perder el ti...

Levanta una mano.

—No tan rápido. Tienes a alguien que depende de ti en casa. Es comprensible. Y sé lo que es. He pasado por eso.

—Te lo agradezco, pero supongo que la situación no es ideal. Se encoge de hombros.

—Ninguna situación es ideal, y todos tenemos personas que dependen de nosotros: hijos, padres, incluso empleados. Para ser sincera, saber que has dado un paso al frente para ayudar a tu padre

hace que me caigas aún mejor. —Los nudos en mi estómago se aflojan un poco—. Pero tengo que preguntártelo. ¿Este tipo de cosas ocurren con frecuencia? ¿Es probable que tengas que salir de la oficina a menudo en mitad de la jornada laboral?

—No. Normalmente es muy cuidadoso. Esta es solo la segunda vez que se ha caído desde que me mudé.

—De acuerdo. —Baja la vista hacia las notas que tiene delante—. Eres joven. Probablemente más joven de lo que normalmente consideraríamos para un puesto de asistente ejecutivo. Pero tu expediente académico es impresionante, el departamento de Recursos Humanos de tu último trabajo te dio unas referencias excelentes y estás cuidando de tu padre. Todo eso me dice que eres dedicada, trabajadora y, en mi opinión... —me dedica una sonrisa irónica— tienes claras tus prioridades. Lo cual es más de lo que puedo decir de algunas personas de este edificio. —La mueca de sus labios me hace preguntarme si se refiere a su jefe. Ladea la cabeza, escrutándome—. Me gustas para este puesto, Chloe. Creo que podrías ser un soplo de aire fresco muy necesario en la oficina. Pero si lo consigues, es posible que tengas que trabajar más horas de las que estás acostumbrada. Con las responsabilidades que tienes, ¿te sentirías cómoda haciéndolo?

Mi mente da vueltas, trabajando a toda máquina para sopesar las complejidades de la situación. Este trabajo puede que tenga un horario más largo, pero el sueldo es significativamente mejor que el que ganaba en Talon. Si consigo el puesto, podré pagar la medicación y tal vez incluso algunos de los tratamientos más avanzados, que podrían ayudar a mejorar su independencia. Eso tiene que compensar el pedirle a Susan que nos eche una mano un poco más a menudo, aunque a mi padre le resulte molesta. Y sé que ella estará encantada de ganar ese dinero extra.

—Por supuesto. Tengo un acuerdo con una cuidadora que debería permitirme empezar temprano o quedarme hasta tarde cuando sea necesario.

Ella sonríe.

—De acuerdo. Tengo un par de entrevistas más esta tarde, así que te comunicaré mi decisión al final del día o mañana temprano.

—Por supuesto. Eso sería estupendo.

Me siento animada mientras bajo las escaleras hacia la salida de King Plaza unos minutos más tarde. Esta podría ser la oportunidad que necesitábamos. Pero al recordar la llamada de Susan acelero el paso. Con las articulaciones tan rígidas y doloridas como las tiene, una caída puede pasarle factura a mi padre.

Por suerte, cuando llego a casa, su mal humor y la irritación general de Susan me indican que todo va bien. Mientras la acompaño a la puerta, saco a colación el tema de la posibilidad de trabajar más horas.

Ella refunfuña un poco, pero al final accede cuando le aseguro que recibirá una compensación adecuada. De todos modos, está jubilada y se pasa en casa la mayor parte del día. Cuando no está echándole un ojo a mi padre, suele estar sentada junto a la ventana, disfrutando de su papel de vigilante vecinal no oficial. Al menos esto la mantiene ocupada y le ayuda a amenizar el día.

Una vez que se ha ido, me ocupo de mi padre y me aseguro de que esté cómodo. Cuando noto que tiene la rodilla hinchada y caliente al tacto, cojo una bolsa de hielo recién sacada del congelador y se la coloco con cuidado sobre la articulación inflamada. Preparo la comida y luego me siento en el extremo del sofá más cercano a su sillón y le cuento lo de la entrevista.

Cuando le menciono mi breve conversación con mi posible nuevo jefe, frunce el ceño.

—¿Estás segura de que te sentirías bien trabajando para alguien así?

—Por supuesto —lo tranquilizo—. Por muy ambicioso que sea y por muy centrado que esté, estoy segura de que no será poco razonable. Lena lleva varios años trabajando para él y parece encantadora.

No parece convencido, pero asiente de todos modos.

—Vale, cariño, crucemos los dedos para que consigas el trabajo, entonces.

Me paso el resto de la tarde intentando distraerme. Incluso me limito a mirar el móvil solo dos veces para asegurarme de que está completamente cargado y no en silencio, como debería haber estado durante la entrevista.

Cuando suena justo antes de la cena, me abalanzo sobre él.

—¿Hola? —Mi voz apenas se entrecorta.

—Hola, Chloe. Soy Lena. —Suenas alegre, pero contengo la respiración de todos modos, sin querer hacerme ilusiones prematuras—. Me agrada mucho decirte que has conseguido el trabajo.

El alivio me invade, intenso y dulce.

—Muchísimas gracias.

—Como ahora mismo no estás trabajando, ¿podrías empezar el lunes a primera hora?

Se me acelera el pulso, pero no vacilo ni un segundo.

—Sí, por supuesto.

—Genial. Yo no estaré allí para enseñarte el lugar y ayudarte a adaptarte, pero Sophie, otra de las asistentes ejecutivas, te pondrá al corriente de todo.

—Claro, me parece bien.

Ella vacila.

—Mira, creo que serás una gran asistente para Roman. Pero, como ya has podido comprobar, puede ser un poco... brusco. No dejes que te intimide. Pronto descubrirá que puedes hacer el trabajo, pero hasta entonces, quizá tengas que demostrarle de qué pasta estás hecha.

Los nervios me invaden cuando la imagen de esos ojos gris acero aparece en mi mente, pero asiento con firmeza aunque ella no pueda verlo.

—Creo que puedo hacerlo.

Ella se ríe entre dientes.

—Te va a ir muy bien.

Mientras me explica lo que me espera el lunes, solo puedo esperar que tenga razón.

4

CHLOE

Me invade una sensación de *déjà vu* cuando atravieso el vestíbulo del King Plaza.

El hombre que está detrás del mostrador de seguridad no es el mismo que conocí la mañana de mi entrevista.

—Hola. Me llamo Chloe Callahan. Hoy empiezo a trabajar en King Group.

Teclea en su ordenador, luego asiente y me dedica una sonrisa.

—Tienes que ir a la planta cincuenta y tres. Si esperas un momento, llamaré para asegurarme de que haya alguien allí para recibirte. Luego puedes subir.

Coge el teléfono, pulsa un botón y habla brevemente con alguien. Un momento después, me acompaña hasta los ascensores y espera conmigo hasta que las puertas se abren.

Me hace un gesto para que entre, pasa una tarjeta por el escáner y pulsa el botón del piso cincuenta y tres.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa radiante, haciendo todo lo posible por disimular mi nerviosismo.

Cuando me guiña un ojo antes de que la puerta se cierre entre nosotros, no estoy segura de haberlo hecho muy bien.

Mientras el ascensor asciende en silencio, inspiro hondo para tranquilizarme. Este edificio y mi nuevo jefe puede que sean mucho más lujosos que mi último lugar de trabajo, pero mis tareas serán más o menos las mismas: esforzarme para tenerlo todo a tiempo, llevar la organización, ser siempre profesional. Entonces, ¿por qué estoy tan nerviosa?

Tras lo que parece un abrir y cerrar de ojos, el timbre del ascensor suena suavemente y las puertas se deslizan para abrirse. Al salir, me recibe una mujer de cabello castaño rojizo con brillantes ojos color avellana y una gran sonrisa.

Me tiende la mano.

—Tú debes de ser Chloe. Soy Sophie Emerson, la asistente de Tate King. —Parece unos años mayor que yo, y la amabilidad de su expresión me tranquiliza de inmediato.

—Encantada de conocerte.

—Te enseñaré el lugar y te ayudaré a instalarte —dice—. Primero pasemos por tu escritorio, y luego recogeremos tu tarjeta de seguridad y nos aseguraremos de que todas tus cuentas funcionan. —Dicho esto, ya se aleja a paso ligero. Aferrándome con fuerza a mi bolso, me apresuro para seguir el ritmo de sus largas zancadas; ella es varios centímetros más alta que yo, con mi metro sesenta y cinco. Cuando consigo ponerme a su altura, sonrío y va un poco más despacio—. Lo siento, una se acostumbra a moverse rápido por aquí.

—¿Hay tanto ajetreo?

Hace una mueca, aunque su expresión es afable.

—Siempre. —Entonces se le escapa una risa—. Pero me encanta. Me encanta la variedad del trabajo y el ambiente de la oficina. Además, mi jefe, Tate, es bastante tranquilo.

—¿Y Roman?

Me mira de reojo con los labios fruncidos.

—Eh, bueno...

—No pasa nada —rio—. Cuando lo conocí, me dio la impresión de que no era precisamente del tipo tranquilo.

—Quizá no tan relajado como Tate. —Me dedica una sonrisa burlona. Su calidez natural es reconfortante, y mis nervios se desvanecen un poco más. Al doblar una esquina, señala un escritorio—. Este es el tuyo. —Luego señala con la cabeza hacia una gran puerta de caoba situada en una pared de cristal esmerilado frente a mi mesa—. Esa es la oficina de Roman. —Me quedo mirando la puerta, con el corazón acelerado. ¿Estará dentro? El recuerdo de nuestro encuentro en el ascensor —el momento en que me miró con tanta intensidad— vuelve a mi mente de golpe y siento un cosquilleo en el vientre. Con un suave «Ajá» sacudo la cabeza, para olvidarme de esa reacción. Es mi jefe, no una posible cita. Sophie va detrás del escritorio y abre un cajón de la parte inferior—. Puedes dejar aquí tus cosas. Después te acompañaré a buscar el pase.

Guardo mi bolso y la sigo de nuevo cuando ella sale corriendo.

Media hora más tarde, estamos de regreso. Llevo pase, aún caliente, sujeto a la cintura, una tableta nueva bajo el brazo y una hoja de papel con mis contraseñas impresas entre los dedos.

Una vez que he iniciado sesión en mi ordenador, Sophie se asoma por encima de mi hombro y me señala algunos de los programas que voy a utilizar. Estoy a punto de abrir la bandeja de entrada cuando un movimiento me llama la atención: un hombre que dobla la esquina y se acerca con zancadas enérgicas.

Hombros anchos, estatura imponente y un traje perfectamente entallado.

Roman.

Siento un extraño cosquilleo en el estómago cuando esos penetrantes ojos grises se clavan en los míos.

Se frena en seco y una arruga aparece entre sus cejas oscuras. Se vuelve hacia Sophie y me señala.

—¿Qué hace aquí?

Mi espalda se endereza de golpe. Puede que sea guapísimo, pero está claro que es grosero, teniendo en cuenta que estoy sentada justo delante de él.

Sophie lo mira, luego me mira a mí y vuelve a él.

—Eh, esta es Chloe Callahan. Es tu nueva asistente ejecutiva.

Tensa esa mandíbula cincelada.

—No, no lo es.

La sensación de vértigo que antes sentía en el estómago se convierte en una caída en picado.

—¿Qué quieres decir?

Se acerca con paso firme, con la mirada clavada en mí.

—Me temo que Lena ha cometido un error al contratarla, señorita Callahan. Por desgracia, no es la persona adecuada para este puesto. —Se vuelve hacia Sophie—. Llama a la agencia. Diles que ha habido un malentendido y que la señorita Callahan no tiene la culpa de nada. —Me mira de reojo—. Puede irse.

El corazón me late con fuerza en las sienes y ahoga sus siguientes palabras. ¿De qué está hablando? Necesito este trabajo.

Inspiro hondo, echo la silla hacia atrás y me levanto; alzo la barbilla y lo miro directamente a los ojos.

—¿Por qué exactamente no soy la persona adecuada para el puesto?

Enarca las cejas, probablemente porque no está acostumbrado a que sus empleados lo desafíen. Quizá sería más prudente mantener la boca cerrada, pero como al parecer voy a perder el trabajo si no digo algo, da igual si se molesta.

Tensa aún más la mandíbula y me echa un vistazo de arriba abajo, con una expresión gélida e indescifrable.

—No puede tener más de tres o cuatro años de experiencia. Necesito a un profesional cualificado, alguien que pueda ayudar con las operaciones comerciales, proporcionar apoyo estratégico y ser el primer punto de contacto para contratos por valor de miles de millones de dólares. Alguien que pueda manejar a clientes que tienen más ego y poder del necesario y que no saben qué hacer con él. —Apenas puedo contener una risita. Le dijo la sartén al cazo... Se lo señalaría, pero no creo que me beneficie en nada—. Como ya he dicho, Sophie llamará a la agencia y...

No voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que este trabajo se me escape de las manos porque otro imbécil arrogante con traje se crea mejor que yo.

—Sí, soy joven —lo interrumpo de nuevo, y juraría que rechina los dientes—. Pero eso no significa que sea incapaz de hacer todas esas cosas. Llevo tres años trabajando como asistente ejecutiva y, aunque esa empresa no era tan grande como esta, el ritmo era frenético y la presión, alta, y lo gestioné a la perfección. No tiene ninguna razón válida para creer que no soy capaz de hacer este trabajo. Lena, obviamente, cree que sí lo soy.

Sophie observa nuestro intercambio con la boca y los ojos muy abiertos.

Roman frunce el ceño.

—Mire, señorita Callahan. No estoy cuestionando sus habilidades. Solo le estoy diciendo que no es adecuada para este puesto en concreto. No es un insulto: es la realidad de la situación. Le pido disculpas por hacerle perder el tiempo, pero cuanto antes pueda hablar Sophie con la agencia, antes podremos resolver esto.

Se vuelve hacia su despacho, pero antes de que pueda desaparecer, salgo corriendo de detrás del escritorio, con el corazón

en un puño.

—Deme hasta el final del día y le demostraré que puedo hacerlo.

Se gira lentamente, con el rostro convertido en una máscara enigmática mientras me escruta. Le sostengo la mirada, conteniendo el aliento, segura de que va a reírse en mi cara y a mandarme a freír espárragos.

En cambio, se rasca la barbilla, dejando que el silencio se prolongue y la tensión aumente hasta que, por fin, asiente.

—De acuerdo, señorita Callahan. —El tono ronco de su voz al pronunciar mi nombre casi me hace estremecer—. Veamos si tiene lo que hay que tener para impresionarme.

Sin esperar a ver mi reacción, entra a zancadas en su despacho y cierra la puerta tras de sí.